

Notas Editoriales

El ilustre Profesor Gonzalo Esguerra Gómez, en su discurso de respuesta al que pronunciara Alberto Cárdenas Escovar cuando fué recibido como miembro de número de la Academia Nacional de Medicina, tuvo a bien consignar algunos apartes que, con el acatamiento debido a tan insigne Maestro, apenas sí nos permitimos glosar.

Se expresó, así, el elocuente profesor Esguerra Gómez: "Quiero ratificar lo que se refiere a que mi espíritu todavía está abierto a las nuevas tendencias del pensamiento, y que por lo tanto veo con agrado y trato de ayudar en la medida de mis capacidades, a todos aquellos a quienes el interés científico los lleva tras de una nueva idea que la investigación pueda confirmar en beneficio de la ciencia, y por ende, de los pacientes".

Gonzalo Esguerra Gómez perteneció —poco más, poco menos— a la generación médica nuestra como a la de casi todos los académicos actuales. Ha debido, tal vez, hablar en plural. Porque, "ratificar lo que se refiere a que mi espíritu está todavía abierto a las nuevas tendencias del pensamiento", resulta algo injusto para con sus compañeros de generación y, todavía más injusto para con aquellos que no lo fueron pero "cuyos espíritus están todavía abiertos a las nuevas tendencias del pensamiento."

¿Podrían negarse, por ventura, estas palabras —salidas, probablemente al calor de la oratoria escrita o gráfica— no solamente a toda su generación, sino, de modo especial, a los profesores, José Vicente Huertas, José del Carmen Acosta, Jorge Bejarano, Jorge E. Cavelier, Patiño Camargo, Francisco Vernaza y otros académicos —actualmente viejos pero re-

mozados en ciencia— y, que "ven con agrado y tratan de ayudar en la medida de sus capacidades (y no solamente en las del doctor Esguerra Gómez) a todos aquellos a quienes el interés científico los lleva tras de una nueva idea que la investigación pueda confirmar en beneficio de la ciencia, y por ende, de los pacientes?".

* * *

Y, continúa, el benemérito Maestro en Radiología:

"De aquí proviene el que los verdaderos científicos no se encuentren a gusto en aquellos campos en donde reconocer un error puede acabar con un prestigio o con una carrera. La medicina avanza con pasos gigantescos: los descubrimientos se suceden con pasmosa rapidez; lo imposible de ayer se ha vuelto la realidad de hoy; y el que se dedica a ella no puede interrumpir, ni por un momento, sus estudios e investigaciones, so pena de verse relegado a segundo plano por los colegas que van surgiendo al amparo de los nuevos descubrimientos y avances científicos".

Conceptuamos que el académico Esguerra Gómez, quizá se equivocó cuando escribiera que "los verdaderos científicos no se encuentran a gusto en aquellos campos en donde reconocer un error puede acabar con un prestigio o con una carrera".

Todo lo contrario profesor Esguerra Gómez. Los "verdaderos científicos" lo dice la historia (y entre los nuestros los ha habido y los hay todavía) mal pueden enfadarse en aquellos campos en donde reconocer un error puede acabar con un prestigio o con una carrera".

¿En dónde están o qué son entonces, esos "verdaderos científicos" cuyo reconocimiento de sus errores acabó con su prestigio o su carrera? Tal vez el connotado académico y radiólogo, quiso referirse a cierta turba de seudos-científicos que ahora —sin blasón ético— pululan por todas partes.

Es evidente —y ello nadie lo niega— que, "la medicina avanza con pasos gigantescos o, por mejor decirlo que, la medicina avanza pero nunca llega, como también es irrefutable que, "el que se dedica a ella no puede interrumpir ni por un momento sus estudios e investigaciones, so pena de verse relegado a segundo plano por los colegas que van surgiendo al amparo de los nuevos descubrimientos y avances científicos".

El profesor Esguerra Gómez sabe, y de sobra, que algunos de los compañeros de su generación —entre los cuales se cuentan Pedro José Almánzar, Ramón Atalaya y Reyes García— "no han interrumpido, ni por un momento sus estudios ni investigaciones" como tampoco las han interrumpido aquellos que fueron sus profesores y que, lejos de "verse relegados a segundo plano, por los colegas que van surgiendo", tal vez saben más y mejor que muchos de aquellos novelos esculapios para quienes la bondad es letra muerta y la escarcela pecuniaria lo es todo.

Termina su exégesis, su hermenéutica de la profesión, el Maestro Gonzálo Esguerra Gómez, proclamando que, "en la medicina no se puede permanecer apegado a la tradición, y por lo tanto, la personalidad y el espíritu del médico tienen que evolucionar e ir adaptándose a las innovaciones y sorpresas que la ciencia nos depara en cada día y en cada momento".

En general, estos conceptos son verdaderos. Pero en cuanto a la tradición —entendido el vocablo en su prístina grandeza— ello, es, por decir lo menos, erróneo. Porque la tradición, bien entendida o como debe ser siempre, no solamente abarca la ciencia y la conciencia, sino también el respeto por el paciente. En este sentido fueron estructuralmente tradicionalistas integrales —y así dejaron su ejemplo inmanente— eximios maestros entre otros, José María Lombana Barroneche, Carlos Esguerra, Roberto Franco, José María Montoya, Federico Lleras Acosta, Calixto Torres Umaña, Luis Zea Uribe, Juan N. Corpas, Marco A. Iriarte, Julio Manrique, Juan David Herrera y Julio Aparicio. Bendita sea, aquella tradición que nos hizo ser humanos...!

* * *

EL SIMPOSIO CARCELARIO en opinión nuestra, ha sido inane. Prevalció —entre otros disparates— la tesis rural de que entre los penados se debe prohibir la llamada moralmente, "Visita conyugal". Ello es un videsio biológico. Prohibir las "visitas conyugales" equivale, ni más ni menos, a darle carta de ciudadanía a la homosexualidad colectiva y, entre las penadas, a establecer, automáticamente, el culto a Lesbos. Pero así somos los subdesarrollados. Que los juristas se equivoquen en esta materia nada tiene de extraño ni que algunos eclesiásticos pongan su antifisiológico granito de arena en estas materias tampoco resulta extravagante. Lo sorprendente es que tantísimos pseudo-psicólogos, como abundan por los tiempos que corren, abjuren, en su ignorancia, de la medicina. Estos sí son "aquellos" verdaderos científicos" que por no implantar la verdad, temen que reconocer un error", puede acabar con un prestigio o con su carrera".

E d m u n d o R i c o